

Dentro de un año tendrá lugar el CL Aniversario de la Doctrina de Monroe. Uno se pregunta si en alguna publicación norteamericana se repetirá algún anuncio como el que apareció en *The New York Times*, a toda plana, el 2 de diciembre de 1923, centenario del mensaje presidencial: «Creo estrictamente en la Doctrina de Monroe, en nuestra Constitución y en las leyes de Dios.» Tales eran los titulares elegidos por la firmante Mary Baker Eddy. Y su orden de creencias, es de suponer.

Como todas las grandes fórmulas, la Doctrina de Monroe significa muchas y contradictorias cosas aun para sus conocedores. El gran especialista en la materia, Dexter Perkins, ha escrito que «en el campo de la política hay pocas fes más incondicionales que la del pueblo americano en la Doctrina de Monroe. Pocas personas pueden definirla, pero eso no tiene importancia. Uno no tiene que analizar para creer»¹. Salvador de Madariaga, en su libro *Latin America Between the Eagle and the Bear* (1961), nos cuenta cómo en un discurso improvisado para el personal de la Secretaría de las Naciones Unidas se le pidió que hablase sobre el tema. Apoyándose sin duda en las apuntadas palabras de Perkins, dijo que para el hombre de la calle americano más que de una doctrina se trataba de un dogma, ya que la característica de creer sin comprender corresponde a éste y no a aquél. Es más, subrayaba, si lo examinamos de cerca veremos que los dogmas son dos: el dogma de la infalibilidad del presidente de Estados Unidos y el dogma de la immaculada concepción de la política exterior americana².

* Este artículo fue seleccionado por la revista *Review Interamericana*, de Puerto Rico, para su número especial dedicado al tema de «US Foreign Policy in Latin America», de 1972. Fue escrito en agosto de 1972.

¹ Dexter PERKINS: *Historia de la Doctrina de Monroe*. Eudeba, Editorial Universitaria. Buenos Aires, 1964, p. 9. (El original es de 1955.)

² Subrayando este lado, Samuel Eliot MORISON y Henry Steele COMMANGER dicen que los principios de Monroe «hasta después de la Guerra Civil no vinieron a constituir una doctrina, sancionada por la fe prometida y por la experiencia, y, como ciertas doctrinas religiosas, ha sido verdaderamente proteica en sus manifestaciones». *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica* (I). Fondo de Cultura Económica. México, 1951, página 452.

Desde la II Guerra Mundial, es raro el presidente norteamericano que no haya pontificado lo suficiente como para no adscribirse una «doctrina». De alguna apenas si queda rastro. Pero pese a las circunstancias a tan largo plazo, la de Monroe sigue teniendo gran importancia histórica motivado en gran medida por la fijación histórica con que se proyecta. Las secuelas del monroísmo y sus mitologías nunca han dejado de ser y de estar vigentes. Foster Dulles todavía echó mano de Monroe para justificar la acción contra Guatemala, aunque Johnson fuera más reservado al respecto cuando nueve años después invadía la República Dominicana. Y es que «un estadista prudente hablará cada vez más de la acción común y cada vez menos del mensaje de 1823»³.

No se extrañe que si tantas cosas ha significado la doctrina para el país emisor —y máximo beneficiario—, irradiando glorificación, triunfalismo y beneficios «mutuos», para los países receptores, acostumbradas a sufrirla a través de interpretaciones unilaterales, presiones e intervenciones, la hayan visto con una perspectiva radicalmente distinta, imputándole no poco de su frustración y subdesarrollo. Su uso y abuso ha llevado a que cualquier innovación de Washington se haya interpretado con escepticismo, desconfianza o como un nuevo truco imperialista.

El moderado ex presidente chileno Eduardo Frei ha escrito que «Estados Unidos siempre nos ha mirado como su *back yard*. La Doctrina de Monroe, el Garrote, las políticas del Buen Vecino y la Alianza para el Progreso se han sucedido como expedientes políticos. La realidad, sin embargo, es que Estados Unidos dio por supuesto que América Latina era su esfera de influencia, en donde hacía negocios y establecía el derecho; y en los cuerpos internacionales, que podía contar con un puñado de votos para apoyar sus posiciones»⁴. Tal es la parte más sustancial ofrecida por el paisaje de la opinión pública iberoamericana. Normalmente, si algo se salva de esta visión de egoísmo y rapacidad es la política del Buen Vecino⁵. Aun así, el profesor

³ Dexter PERKINS: *Op. cit.*, p. 320.

⁴ *The Second Latin American Revolution; Foreign Affairs*, 50 (I), octubre 1971, p. 95.

⁵ Cf., por ejemplo, ALONSO AGUILAR: *Pan-Americanism from Monroe to the Present. A View the Other Side*. Nueva York y Londres. Monthly Review Press, 1968. William Everett KANE demuestra que si en el período de entre guerras no hubo intervención en Latinoamérica, fue como resultado de una ausencia atípica de amenaza exterior, es decir, cuando la estrategia dejó su lugar preferente a otras consideraciones de orden político. Tal abstencionismo colapsó con la amenaza del Eje primero y del comunismo después. En todo caso, examinando casi un siglo de relaciones, cree que el no intervencionismo estadounidense es literalmente imposible, dada la masiva influencia de toda índole que USA ejerce en el Hemisferio. *Civil Strife in Latin America (A Legal History of US Involvement)*. Londres. The Johns Hopkins University Press.

David Green, en una obra reciente⁶, arroja otra luz al indicar que si Roosevelt tuvo un relativo éxito en la aplicación de su política hacia Iberoamérica, esa política era equivocada a largo plazo. Suponía una política de benevolencia institucionalizada, acentuando un hemisferio cerrado en un mundo abierto, política que a la larga llevó a la contención de la región, afectando al desarrollo económico y político, aumentando con ello la creciente dependencia económica de América Latina respecto a Estados Unidos, minando al propio tiempo la estabilidad política. Pero lo que es más, subyaciendo esta política había una aproximación política que implícitamente mostraba que Estados Unidos «prefería aliados en el hemisferio occidental que fueran dependientes y débiles» (subrayado del autor, p. 296). Green llega a sugerir que la Alianza para el Progreso de Kennedy fue una versión modernizada de la política del Buen Vecino. En un principio, ambas políticas suponen una respuesta a un peligroso nacionalismo en ebullición en Iberoamérica y utilizan el poder económico público y privado de USA para aumentar su control sobre la dirección del desarrollo económico iberoamericano. El ejercicio continuado de estos métodos contraría a amigos y enemigos, intensificando el choque de intereses entre los nacionalistas latinoamericanos y los decisores políticos estadounidenses.

Asombra realmente la capacidad norteamericana de actuar como una potencia imperial sin reconocerlo o, incluso, negándolo por completo. No se dan cuenta de que los países receptores de la ayuda e influencia americanas, por saludables y bienintencionadas que sean, lo ven con la óptica de los directamente afectados; desde Washington sólo ven desagrado a cambio, y persistencia en no querer ver su desinterés. El anticolonialismo, considerado en su forma clásica y estricta, ha sido consistente en la historia de Estados Unidos (hechas las excepciones del Caribe, principalmente), pero cuando las potencias europeas descolonizaron tras la última conflagración mundial, se quedó un tanto sorprendido por doquier al constatar que ello no significaba independencia real, pues la soberanía política significaba bien poco amputada de la soberanía económica, que seguía controlada o hipotecada desde fuera. Fue preciso inventar a toda prisa el término *neocolonialismo*, pero al hacerlo se descubrió que la primera potencia neocolonialista del

⁶ David GREEN: *The Containment of Latin America: A History of the Myth and Realities of the Good Neighbor Policy*. Chicago, Quadrangle Books, 1971.

mundo moderno era y seguía siendo los anticolonialistas Estados Unidos en su propio hemisferio⁷.

Los dos grandes conflictos de nuestro siglo dieron a USA el control apenas discutido sobre su hemisferio. La guerra fría, con todo su planteamiento maniqueísta, contribuyó a aislarlo más del resto del mundo. Había que preservarlo y protegerlo del contagio y peligro comunistas, entendiendo por tales todo lo que conviniera a los intereses globales o parciales de Estados Unidos. (El caso de la Argentina peronista, a falta de poder catalogarlo como rojo, se le adscribió la etiqueta de *fascista*.) El *back yard* era intocable por quien quiera que fuese, a pesar de que Santiago de Chile o Buenos Aires pudieran quedar más lejos de Estados Unidos que Moscú. Cuando todavía no hace una década el general De Gaulle realizó su *tournee* por Iberoamérica, la noticia causó sensación rayana en la maravilla y el escándalo, cual si se hollara alguna virginidad en medio de la plaza pública. No era para menos tamaña osadía. Las aclamaciones con que fue recibido en todas partes el presidente francés, a pesar de la imposibilidad de su país para hacer nada práctico en aquel escenario, «fue ante todo una demostración antiamericana»⁸. Claro que con el tiempo vinieron los «Mirage» y los «AMX», otra quiebra del monopolismo estadounidense en un punto muy sensible.

NEGOCIOS «VERSUS» POLÍTICA EXTERIOR

Los nefastos aspectos de la Doctrina de Monroe y sus variantes han sido rechazados por algunos autores, en tanto que otros les han restado importancia o al menos preeminencia. En un libro reciente se declara que estos lamentos de los latinoamericanos «contribuyen a proporcionar el punto de referencia para el acuerdo que no podría conseguirse enteramente mediante argumentación racional»⁹. Si en su primera página podemos leer que «la noción de que las políticas de Estados Unidos están primordialmente diseña-

⁷ Warren I. COHEN demuestra convincentemente que el mito de la política de «puerta abierta» (1899) fue originalmente designada para servir los intereses comerciales y políticos de Estados Unidos; su valor para China era «incidental». *América's Response to China: An Interpretative History of Sino-American Relations*. Nueva York, John Wiley, 1971.

⁸ Max BELOFF: *The Balance of Power*. Londres, Allen & Unwin, 1967, p. 22.

⁹ R. Harrison WAGNER: *United States Policy Toward Latin America. A Study in Domestic and International Politics*. Stanford University Press y Oxford University Press. Londres, 1971, p. 197.

das para servir los intereses comerciales de Estados Unidos es de las que se niega a morir, a pesar del número de estudios especializados sobre las políticas de principios de siglo xx que muestran que otros intereses eran más importantes», en la página 23 tiene que explicar la implicación de la United Fruit Company en la política de Wáshington que llevó a la caída violenta del régimen guatemalteco de Arbenz, no sin que dicha compañía hubiera entrado en contacto con varios senadores, el Departamento de Estado y, casi inevitablemente, el embajador. El tema de los intereses económicos de Estados Unidos (con su sacrosanto principio de la empresa privada y su libertad como broche de oro) emerge una y otra vez en el libro de Wagner. En la página 96 leemos cómo el gobierno americano ha tenido que rebajar los *stocks* de minerales para hacer disminuir su precio, requiriendo «la intrusión de consideraciones de política exterior en un proceso de coordinación que se estimó en favor de intereses internos». Ante el retraso en decidir la ayuda exterior durante la presidencia de Eisenhower, el autor halla que uno de sus factores fue «el deseo de hacer de la inversión privada la fuente principal del capital en América Latina» (p. 105). Y bien sabido es que si esa ayuda alguna vez ha sido desinteresada y generosa, ha tenido que justificarse sobre una base de intereses y motivaciones egoístas para obtener la aprobación del Congreso y de la opinión pública.

Si, como dijo el que fue presidente de la General Motors al pasar a la Secretaría de Defensa, «lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos», no es difícil sustituir esta compañía por otra de grueso calibre respecto a Iberoamérica para que esta *racionalidad* norteamericana siga siendo operativa. El candidato demócrata a la presidencia, George McGovern, parece haber tomado conciencia de este peligroso sofisma al declarar que «si soy elegido presidente, habrá una reorientación fundamental de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. Lo que es bueno para la International Telephone and Telegraph (ITT) o para la United Fruit Company no es necesariamente bueno para este país o para el pueblo de la América Latina»¹⁰. Para McGovern, «la ayuda exterior deberá servir

¹⁰ *La Vanguardia Española*, 4 agosto 1972. Claro está que por su parte el Partido Demócrata ha aprobado su programa de política exterior para los años setenta, con escasa diferencia, en letra y en espíritu, del del Partido Republicano. El tono respecto a Iberoamérica es el tradicional: «La política de los buenos vecinos de Franklin Roosevelt y la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy son aún objetivos vivos en la política de los Estados Unidos hacia Iberoamérica», etc., comienza diciendo. *La Vanguardia Española*, 13 julio 1972.

sus propósitos humanitarios originales y no ser un instrumento de la guerra fría, ni una forma de comprar amigos»¹¹.

Los escándalos de la ITT primero en USA (memorándum Beard) y luego sobre sus propósitos en Chile (marzo 1972) desvelados por el desmitificador Jack Anderson, si bien han puesto de manifiesto sus resortes y manipulaciones en la alta política interior y exterior, dejan sin respuesta inquietantes preguntas, como ha subrayado el autor de *Anatomía de Gran Bretaña*¹². Su intentada maniobra en Chile para hacer abortar la toma de posesión de Salvador Allende fortaleció momentáneamente a éste en el mismo sentido que debilitó a la oposición y a la política norteamericana. Ha servido a la «Bernard Russell Peace Foundation» como «a case study in US corporate intrigue in the Third World».

El espectro, pero también la realidad de las empresas multinacionales y de las grandes compañías internacionales, han dado lugar a una sustanciosa literatura¹³, planteando temores o terrores en todas partes. Si esto ocurre en Estados altamente industriales, no cabe sorprender que ocurra, corregido y aumentado, en países históricamente frustrados y socioeconómicamente traumatizados o paralizados. Las inversiones privadas puede que sean una ayuda para los países que las reciben, pero esto es secundario, puesto que primariamente se establecen para beneficio de las propias compañías inversionistas. Muchas veces éstas manejan presupuestos muy superiores a los de muchos países que las acogen.

El nivel de penetración económica norteamericana en Canadá ha llegado a provocar una reacción en el gobierno de Trudeau. Canadá es el primer cliente de USA, adquiriendo en este país casi las tres cuartas partes de sus importaciones (11.000 millones de dólares en 1971), aunque para Estados Unidos sólo suponga el cuarto de sus exportaciones; las exportaciones canadienses a su vecino han supuesto el 68 por 100 del total. Las inversiones ame-

¹¹ *La Vanguardia Española*, 16 julio 1972. No sorprende que también para la Nueva Izquierda la esencia de la ideología americana sea su adscripción al capitalismo: «El Mundo Libre es la era económica del mundo en que el hombre de negocios americano goza de la mayor libertad de maniobra comercial.» «El anticomunismo de la Guerra Fría es en lo más básico una máscara ideológica para el imperialismo del Mundo Libre.» Carl OGLESBY y Richard SHAULL: *Containment and Change*. The MacMillan Co., Nueva York, y Collier-MacMillan, Londres, 1967, pp. 73 y 112.

¹² Véanse los tres artículos de Anthony SAMPSON en *The Observer* (Londres), 9, 16 y 23 julio 1972.

¹³ David BURTIS y otros (Compiladores): *Multinational Corporation-Nation-State Interaction: An Annotated Bibliography*. Filadelfia, Foreign Policy Research Institute, 1971, 290 pp. Contiene 714 libros y artículos desde 1964.

ricanas son de unos 23.000 millones de dólares, implicando para algunas industrias canadienses un casi completo control por subsidiarias americanas, así como que cerca de la mitad de sus industrias manufactureras sean propiedad de compañías multinacionales americanas. Pese a este sustancial grado de integración y casi de dependencia con respecto a Estados Unidos, cuando Nixon adoptó sus medidas en defensa del dólar el 15 de agosto de 1971, la sobretasa del 10 por 100 impuesto a las importaciones no libró a Canadá. La tensión iba creciendo cuando el 20 de diciembre se suprimió la sobretasa mencionada, evitándose una confrontación entre ambos países.

Este grave episodio ha incitado al gobierno de Ottawa a lograr un mayor control de su economía, lanzándose a una política que trace unas líneas de comportamiento a las inversiones provenientes del sur vecino. Si a ello le unimos el pleito del Artico y ciertas iniciativas canadienses en puntos sensibles de la política de Washington, como el reconocimiento de China, por ejemplo¹⁴, observaremos que el peligro de alienación también puede sentirse en un país pujante y consciente de sus posibilidades no «latinoamericano».

No cause extrañeza que a finales de los sesenta los gobiernos iberoamericanos se negaran a firmar una «relativamente inocua» Convención Multinacional para la Solución de Disputas sobre Inversiones, o que las naciones del grupo andino hayan regulado la cuestión de las inversiones, y otro tanto haya decidido Méjico desde hace tiempo¹⁵. Nos puede dar una buena idea del estado psicológico de Iberoamérica el fabuloso impacto que tuvo *El desafío americano*, a pesar de que la obra J.-J. Servan-Schreiber la concibió en principio para el mercado europeo, y, no obstante la precisa distinción que trazó entre «desafío» y «amenaza», el libro se aceptó normalmente como una advertencia contra el «imperialismo» norteamericano vía inversiones privadas¹⁶. Que Estados Unidos tengan buen concepto de sí mismos poco importa en política exterior si este concepto no es apreciado de igual modo por los otros interlocutores.

En esta sistemática situación de recelo, históricamente acumulada y actualmente justificada, no es ilógico que en Iberoamérica se critique a Estados

¹⁴ «New Trends in Canada-US Relations», *Orbis*, XV, 4, invierno 1972, pp. 1031-1034.

¹⁵ Osvaldo SUNKEL, de la Universidad de Chile, describe la compleja problemática suscitada por las grandes firmas en Iberoamérica: «Big Business and "Dependencia": A Latin American View», *Foreign Affairs*, 50 (3), abril 1972, pp. 517-531. En un sentido general, véase el artículo de Raymond VERNON: «The Multinational Enterprise: Power versus Sovereignty», *Foreign Affairs*, 49 (4), julio 1971, pp. 736-751.

¹⁶ Covey T. OLIVER: «Foreign and Human Relations with Latin America», *Foreign Affairs*, 47 (3), abril 1969, p. 526

Unidos si tiene inversiones y se le reproche si no las tiene, como ha observado certeramente Eduardo Frei¹⁷.

Un alto funcionario estadounidense ha lucubrado sobre lo que debería ser una verdadera ayuda de su país a Iberoamérica. Se proporcionaría mediante una nueva Alianza para el Progreso (que canalizaría tal vez el 70 por 100 de la ayuda), una Fundación Americana (que distribuiría un 25 por 100) y el resto llegaría por otros conductos. Como es inevitable, al final se le plantean muchas preguntas que parecen girar exclusivamente sobre cuáles serían las reacciones del gobierno americano, Departamentos de Estado y de Defensa, embajadas, en caso de que alguna actividad de la Fundación amenazare intereses económicos de Estados Unidos; no parece ofrecer solución política, sino que recurre al sermón de buena voluntad (discreción, sentido común, etc.)¹⁸, algo así como compaginar alergias o conseguir la cuadratura del círculo. Así que vaya por donde vaya la política de Wáshington en su hemisferio, a la larga (y muchas veces a la corta) termina con topar con el típico *business*, tan acomodaticio en Europa occidental y Japón, tan belicoso y comprometido con lo insatisfactorio en Iberoamérica, sobre todo porque entró del brazo de oligarquías corruptas y parásitas de sus propios países, oligarquías que en estos últimos años están en trance de ser desalojadas o de convertirse, o ser convertidas, en «burguesías nacionales»..., al menos aquellas que no han conseguido reatrincherarse.

ENTRE LA UNIDIMENSIONALIDAD ECONÓMICA Y EL SIMPLISMO POLÍTICO

Cuando la Casa Blanca necesita solucionar o dirimir cuestiones de importancia entre aliados principales, envía al secretario de Estado, a veces seguido o acompañado por el propio presidente. Y si tan graves son las cuestiones, o sea, dialogar con los enemigos, se ha habilitado para ello a Henry Kissinger. A la América Latina se envía un emisario presidencial, que suele hacerse el trayecto en un par o tres de tirones; luego emite el consabido informe de misión cumplida, y a otra cosa. Nixon, que como vicepresidente pasó por esa —por cierto, dolorosa— experiencia, envió al gobernador Rocke-

¹⁷ *Op. cit.*, pp. 94-95.

¹⁸ George G. LODGE: «US Aid to Latin America: Funding Radical Change», *Foreign Affairs*, 47 (4), julio 1969, pp. 735-749. Para una aproximación más realista en este punto, véase Abraham F. LOWENTHAL: «Alliance Rethoric versus Latin American Reality», *Foreign Affairs*, 48 (3), abril 1970, pp. 507.

feller, quien de nuevo detectó comunistas por todas partes. Casi un año después, Richard Nixon emitió su pensamiento respecto a la región en que sorprendentemente el peligro comunista brilló por su ausencia y hasta el de Cuba quedó reducido. Pero también es cierto que más que proceder a un profundo recambio de política ha preferido permutar la política de intromisión de Johnson por otra que limita en la casi nada, al menos a simple vista..., aparte su propuesta de ascender el secretario asistente para Asuntos Interamericanos a la categoría de subsecretario. Pero ni el símbolo suple la carencia de sustancia ni la perfidia activa se contrapesa con un angelismo distante.

Nixon, que tan activo y hasta copernicano se ha mostrado para encontrar solución a gravísimos problemas internacionales, se mantiene al paio respecto a Iberoamérica, evitando involucrase «como se evita un panal de avispas»¹⁹. Esta tendencia taciturna se complementa con la voluntad de la nación en aceptar el reproche a sus líderes sobre casi todo lo malo que sucede en Latinoamérica, en el supuesto de que Estados Unidos controla realmente todo lo que sucede allí, y, por tanto, es culpable. Este masoquismo nacional, en su máximo psicótico, se ve en llamamientos tales como los de George F. Kennan (e incluso de senadores de EE. UU.) de que los mancillados e indignos Estados Unidos se retiren del mundo hasta que se hayan purificado. Así, de este extraño modo, la baja postura (*low posture*) y un complejo de culpabilidad nacional se hacen compatibles; inducen a un giro del activismo a la pasividad en lo que concierne a nuevas ideas sobre desarrollo económico, social y político²⁰.

Pero no nos engañemos. Que USA se lave las manos no significa que se desinterese del juego. La referencia explícita a la vigilancia sobre la política exterior chilena en el mensaje de Nixon sobre la política exterior norteamericana para los años setenta, pronunciado el 25 de febrero de 1971²¹, lo confirma. Con todo, parece generalizada la creencia de que en esta década proseguirá el reflujo de la influencia de Estados Unidos en Iberoamérica²². En todo caso, el mensaje presidencial del año anterior sobre política exterior sentaba como premisa mayor el final de la era de la supremacía global

¹⁹ Eduardo FREI MONTALVA: *Op. cit.*, p. 95.

²⁰ Covey T. OLIVER: «Regionalism Directly for Development in Latin America», *Orbis*, XV, 1, primavera 1971, pp. 305-306.

²¹ Citado por David C. JORDÁN: «Marxism in Chile: An Interim View of Its Implications for USA, Latin American Policy», *Orbis*, XV, 1, primavera 1971, p. 319.

²² *Ibidem*, p. 337.

americana; la Doctrina Nixon apuntaba ya en la misma dirección. En realidad, asistimos a una profunda realineación de las potencias, y si esto es perfectamente evidente en Asia, no tiene sólo por qué ser en Asia donde el fenómeno tenga lugar.

Un especialista y alto funcionario norteamericano en cuestiones iberoamericanas tiene razones en que basar su pesimismo al comprobar qué clase de relaciones existen entre su país y los países al sur de Río Grande. Sospecha que Marlon Brando en «Zapata», Wallace Beery en «Pancho Villa» o Carmen Miranda han hecho más para forjar la imagen popular que en Norteamérica se tiene de sus vecinos que cualquier institución educacional. Incluso afirma que el uso de las palabras «América Latina» tiende cada vez más «a ocultar un esfuerzo inconsciente para reducir todos los problemas del hemisferio a un mínimo común denominador para que pueda ser tratado con más facilidad», lo que considera altamente dañoso, sobre todo oyendo a la gente hablar de «nuestra política latinoamericana»²³. Contrastemos si no la creciente sofisticación y cuidado con que la Unión Soviética dialoga con estos países y el personal diplomático que a ellos envía.

¿DEL SIMPLISMO AL RELEVO?

Cuenta D. Bronheim cómo cuando estaba en el gobierno observaba a los funcionarios del servicio exterior, tratando de persuadir a serios funcionarios mejicanos de los peligros de la amenaza comunista a ellos, hijos de un país que perdió más de la mitad de su territorio a manos de los «gringos», y que han podido ver invasiones en Haití, República Dominicana y Cuba, provocar la secesión de Panamá y arreglar invasiones armadas en Guatemala y Cuba no hace tanto. No son los rusos lo que preocupa a los mejicanos²⁴.

Pues bien, si Estados Unidos parece, por fin, un país en vías de tranquilización a ese respecto, otro da la sensación de haber tomado la alternativa con la connivencia, si no apoyo, de Wáshington. Desde hace unos años Brasil se dibuja algo más que como una aspiración en potencia; comienza a dar muestras de comportarse como una potencia en activo, sabiendo lo que quiere y quién sabe si queriendo lo que puede. Su espectacular

²³ David BRONHEIM: «Relations between the United States and Latin America», *International Affairs*, 46 (3), julio 1970, pp. 501 y 506.

²⁴ *Ibidem*, p. 502.

despegue económico parece imparable, habiendo precisamente coincidido con el estado de postración y hasta decrepitud de la mayoría de sus vecinos, a comenzar por ese país desarrollado en vías de subdesarrollo que es Argentina, históricamente el eficaz contrapeso y vigilante de Brasil (y viceversa).

La política energética y/o de apertura de comunicaciones con Uruguay, Paraguay y Bolivia y hasta con Guayana, la política de créditos a muchos de los países iberoamericanos, han sembrado la alarma. El creciente peso específico brasileño deja sentirse como potencial amenaza²⁵. En tales circunstancias, en el transcurso de la resonante visita del Presidente Garrastazu Médici a Estados Unidos en diciembre de 1971, el increíble brindis de Nixon, según el cual «por donde vaya Brasil irá el resto del continente latinoamericano», no podía sino causar desazón, inquietud y protestas entre los demás Estados de la región. La imprudente falta de tacto diplomático del Presidente norteamericano (lo que no significa que no haya dicho una tremenda verdad) ha tenido que ser compensada con palabras tranquilizadoras, empezando por argentinos y mejicanos. Si el suceso en sí sería ya poco diplomático, el hecho es tanto más grave porque el régimen político brasileño, con toda su innegable milagrería económica, repugna tanto por el coste social que supone como por la brutalidad de sus métodos. El Presidente Lanusse rechazó, entre las diversas alternativas, una salida a la brasileña para curar los profundos males de Argentina. En su peregrinación por la mayoría de las capitales sudamericanas terminó concretamente en Brasilia en marzo último. Sus palabras hacia sus propios anfitriones fueron cortantes y hasta para algunos igualmente poco diplomáticas: «Nosotros no podemos quedar satisfechos con la existencia, tanto en el continente como en el seno de cada Estado, de oasis de prosperidad que afecten la seguridad del hemisferio.» ¿Ejercerá Brasil el derecho de intervención en algún país vecino si llega al poder algún régimen que no sea de su agrado, por aquello de la «seguridad nacional», cubierto o no a distancia por Estados Unidos? (No se olvide que Brasil fue el único país que respondió al llamamiento de Estados Unidos en la OEA para enviar tropas a la República Dominicana.) ¿O tendrá que ser Estados Unidos quien garantice la seguridad de los vecinos

²⁵ Una gran cantidad de artículos y libros de toda clase sobre el tema de la creciente ascendencia de Brasil han aparecido en los últimos lustros. H. JON ROSENBAUM ha tratado de categorizar y apreciar las numerosas alternativas, no siempre incompatibles, que se ofrecen para los próximos diez años de la política exterior de dicho país en «Brazil's Foreign Policy: Developmentalism and Beyond», *Orbis*, XVI, 1, primavera 1972, pp. 58-84.

de un presionante Brasil? Una cosa es cierta desde hace unos pocos años en Sudamérica: se ha desencadenado una carrera de armamentos, con el agravante de que Brasil se ha negado categóricamente a firmar el Tratado de No Proliferación.

Y CUBA COMO COLOFÓN

Queda por examinar la cuestión de Cuba. Después de la prolongada estancia de Fidel Castro en la URSS, cabe preguntar cuál es el alcance efectivo de la integración de la isla al COMECON. Los altibajos del castrismo en la isla y en Iberoamérica parece que han llevado a su líder al truncao final de la senda romántico-guerrera, iniciando una política más realista en todos los órdenes. Trece años de trayectoria de Castro en el poder demuestran que la experiencia ha costado más cara a Moscú en relación a su individualista aliado que viceversa. USA entre tanto, lejos de poder mostrar algún milagro caribeño, ha visto la deterioración y frustraciones casi sistemáticas de sus pueblos, además de una guerrita futboleta, es decir, provocada por entusiasmo de origen deportivo y no de subversión comunista. Aunque sólo fuera por ese contraste, la experiencia cubana quedaría plenamente justificada.

El presidente mejicano Echevarría, en su visita de junio pasado a Estados Unidos, declaró ante una sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos (que cuenta con 23 miembros, entre los que no figura Canadá) que en el seno de esta Organización se sigue viviendo una guerra fría, no aceptándose el principio de que cada Estado miembro debe darse la estructura que mejor le convenga, y que para ser auténticamente representativa debía aceptar una «gama muy amplia de discrepancias». (En pocas palabras: que la OEA deje de ser, como dicen malas lenguas, el Ministerio de Colonias de Estados Unidos). Echevarría criticó la política norteamericana hacia Iberoamérica y su voluntad de seguir manteniendo aislada a Cuba. Previamente, y ante el Congreso estadounidense, expresó con ardor lo inexplicable que resulta la audacia e imaginación de Estados Unidos para resolver problemas complejos con sus enemigos y no sea empleada para solucionar sencillos problemas con sus amigos. Aunque con ello se refería a aspectos que afectaban primordialmente a Méjico, la fórmula es aplicable al resto del Hemisferio, sin excluir a Cuba, amiga o enemiga.

Rumores circulan sobre cambios en Guantánamo y sobre algún viaje de Kissinger a Cuba. Después de lo de China y posiblemente Vietnam, esto sería pura menudencia. Jaime Suchlicki, haciendo una estimación de trece años de castrismo, especula sobre una aproximación estadounidense a Cuba. El reconocimiento por Wáshington constituiría una importante victoria psicológica para Castro, y en Iberoamérica se interpretaría como una derrota del «imperialismo yanqui». Pero este paso también plantearía problemas al Kremlin, sin que, por otro lado, Moscú sea opuesto a una mejoría de las relaciones entre ambos países²⁶. Esperemos que una solución decente y civilizada salga de la imaginación de los que políticamente deciden en Estados Unidos. Después del embargo unilateral y la bahía de los Cochinos, corresponde a USA dar el primer paso, y también porque es el más fuerte. Y sobre todo porque el aislamiento de Cuba en su propio Hemisferio empieza ya a tener más de mito que de realidad.

TOMÁS MESTRE VIVES

²⁶ Jaime SUCHLICKI: «An Assessment of Castroisms», *Orbis*, XVI, 1, primavera 1972, páginas 55-56.

